

EDUCACIÓN, SOCIABILIDAD Y DEMANDAS POPULARES DE CULTURA. ASTURIAS A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

*Education, sociability and popular
demands for culture.
Asturias at the beginning of the XXth century*

Jorge URÍA
Universidad de Oviedo

Fecha de aceptación de originales: Enero de 2002
Bibliid. [0212-0267 (2001) 20; 41-65]

RESUMEN: En la Asturias de principios del siglo XX, existieron múltiples alternativas educativas al sistema de enseñanza oficial que enlazaron con el complejo y diversificado sistema asociativo de carácter voluntario que iba a caracterizar a los sectores obreros y populares que sostenían también en el terreno sindical o político unas expectativas de cambio que conectaban a la perfección con las esperanzas depositadas en una educación supuestamente liberadora y emancipatoria.

PALABRAS CLAVE: Anarquismo, Asturias, cultura, sindicalismo, sociabilidad, socialismo.

ABSTRACT: In the Asturias at the beginning of the XXth century, many education possibilities, other than the official education system, have being created. They were linked with the very diversified and complex associative structure which was going to be typical of the working and popular sectors backing, either in unions or in politics, prospects of change totally appropriate with the hopes contained in a clearly liberating and emancipatory education.

KEY WORDS: Anarchism, Asturias, culture, sociability, socialism, trade unions.

QUIZÁS LA NOCIÓN de sociabilidad pueda parecer, a más de un lector, difícilmente asociable a determinadas manifestaciones de la educación y, muy especialmente, a las relacionadas con el campo de la enseñanza estandarizada y sujeta a planes más o menos rígidos o metódicos. Definida hace ya tiempo por Maurice Agulhon como los «sistemas de relaciones que enfrentan a los individuos

entre ellos o les reúnen en grupos más o menos naturales, más o menos coactivos, más o menos numerosos»¹, sus notas de voluntariedad y espontaneidad casan mal, en efecto, con el rigorismo inherente a los dispositivos de la educación normalizada, sujeta por ello a unos objetivos predeterminados de antemano, y con un proyecto de encuadramiento obligatorio y universal de la población en edad escolar.

No es ningún secreto, en todo caso, que el proceso educativo en su conjunto no tiene por qué limitarse a los procedimientos de enseñanza reglada y metódica que caracterizará desde muy pronto al Estado moderno. Por el contrario, y como tendremos ocasión de comprobar, existieron en el período que ahora nos proponemos repasar múltiples alternativas educativas al sistema de enseñanza oficial que enlazaron, como no podía suceder de otro modo, con el complejo y diversificado sistema asociativo de carácter voluntario que iba a caracterizar a los sectores obreros y populares en la Asturias primisecular, sectores sociales que, no se olvide, sostenían también en el terreno sindical o político unas expectativas de cambio que conectaban a la perfección con las esperanzas depositadas en una educación supuestamente liberadora y emancipatoria. Estamos, sin embargo, adelantando acontecimientos, porque incluso dentro de los ambientes de la enseñanza normalizada y en principio menos a propósito para encontrarnos un clima acogedor para las manifestaciones de sociabilidad, pueden encontrarse abundantes ejemplos de ella.

Sociabilidad y educación

Desde luego, las asociaciones forzadas desde la propia escuela podían tener proyecciones posteriores que conviene no perder de vista: el *compa* del colegio podía llegar a ser el colega afable o incluso la amistad íntima del mañana, tal y como aparece descrito en algunos de los relatos de ambiente escolar que Ramón Pérez de Ayala ubica en la Asturias primisecular². Por añadidura, la sustitución de las viejas mesas-banco de diez plazas o más por el pupitre bipersonal, que se afianza desde los primeros años de siglo, se convirtió en un elemento activo de la ordenación espacial del aula a la hora de estimular este tipo de contactos. En cualquier caso, no todo en la escuela se limitaba al contacto interpersonal forzado y constreñido dentro de los muros del aula, con su estricta organización por asientos previamente asignados y sus horarios y pautas de trabajo predeterminados. El espacio escolar tenía previstas, de hecho, áreas cuya disposición y ordenamiento permitían e incluso estimulaban el contacto interpersonal dentro de marcos más desregulados, y en donde la elección por afinidades o la formación de grupos respondía a criterios de voluntariedad mucho más explícita.

¹ AGULHON, Maurice: «Les associations depuis le début du XIX^e siècle», 1981, cit. por GUEREÑA, Jean-Louis: «La sociabilidad en la España contemporánea», en SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Isidro y VILLENA ESPINOSA, Rafael (eds.): *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, p. 22. Ver también MAURICE, Jacques: «Propuestas para una historia de la sociabilidad en la España contemporánea», *Estudios de Historia Social*, Madrid, n.º 50-51 (1989), pp. 133-143.

² PÉREZ DE AYALA, Ramón: *A. M. D. G.*, ed. de Andrés Amorós, Madrid, 1983 [1ª ed., 1910]; *Belarmino y Apolonio*, ed. de Andrés Amorós, Madrid, 1983; «La Universidad de Oviedo e Inglaterra», en GARCÍA DOMÍNGUEZ, E.: *Antología Asturiana de Ramón Pérez de Ayala*, Oviedo, 1980; *Tigre Juan y El Curandero de su Honra*, ed. de Andrés Amorós, Madrid, 1983.

Los tiempos destinados en los horarios escolares al *recreo* o al reposo escolar, privilegiados en cuanto a la estimulación de la sociabilidad, no siempre generaron espacios *ad hoc* dentro de la enseñanza pública. Afectados sus locales por la baja capitalización del Estado en este terreno, los patios escolares se reducían en ocasiones a un espacio escaso o raramente ordenado y planificado, cuando no inexistente o limitado, pura y simplemente, al territorio común de la calle y a los lugares de tránsito entre el domicilio y la escuela. Los patios escolares, sin embargo, en el contexto de la progresiva atención que iba a recibir la planificación arquitectónica de las escuelas desde finales del siglo XIX, empezaron a contar cada vez más en cuanto a la planificación de las escuelas asturianas.

La normativa estatal, como es sabido, se estaba volviendo cada vez más atenta en lo que a estos aspectos se refiere. Las recomendaciones de extender el modelo de las escuelas graduadas a todo el sistema de instrucción público³, y que implicaban una nueva ordenación espacial de las escuelas, iban en esa dirección, al igual que sendos reales decretos y órdenes de 1911, que recordaban el obligado cumplimiento de las condiciones de higiene y organización que establecía la normativa anterior, así como la apertura de concursos para la adopción de planos-guía para edificios escolares. Entretanto, el distrito escolar de Oviedo, dependiente del Rectorado universitario, se había tomado en serio la nueva normativa y, por decisión del propio rector, Fermín Canella, había publicado en 1905 unas *Instrucciones Técnico-Higiénicas Relativas a la Construcción de Escuelas*.

Las fundaciones privadas de enseñanza en Asturias se hicieron eco, sin duda alguna, de este nuevo clima; circunstancia que tenía sin duda su importancia, siendo como eran una parte destacable en el conjunto de las dotaciones de enseñanza regionales⁴. Efectivamente, estas instituciones constituían un capítulo de cierta singularidad dentro de una región que tenía un alto porcentaje de emigración, y en donde los *indianos* enriquecidos habían sostenido tradicionalmente un notable esfuerzo en cuanto a la dotación de locales o el sostenimiento de determinadas enseñanzas especiales ausentes, o poco menos, en el panorama de la enseñanza pública española de principios del siglo XX⁵.

Hay que recordar que estas instituciones de enseñanza, sostenidas en su mayoría por los emigrantes, tenían una tradición que las retrotraía a la fase del Antiguo Régimen. Después de su extinción a raíz de los efectos del proceso desamortizador, habían conseguido recuperar un papel, en todo caso, que no hizo sino incrementarse a lo largo del siglo XIX. Fue a raíz del advenimiento de la Restauración, con todo, cuando adquirieron una importancia determinante en el dispositivo educativo en Asturias. Las fundaciones, aunque podían constituir entidades con un régimen interior peculiar y con la organización de sus enseñanzas, locales y

³ Real Decreto 28-IV-1905. Ver VIÑAO FRAGO, Antonio: *Innovación pedagógica y racionalidad científica. La escuela graduada pública en España (1898-1936)*, Madrid, Akal, 1990, pp. 13-23.

⁴ COLUBI HERES, A. I.: *Patronatos y fundaciones benéfico-docentes privadas en Oviedo (1900-1950)*, Trabajo de Investigación de Doctorado, Universidad de Oviedo, 1999.

⁵ CASTRILLO SAGREDO, B.: *El aporte de los indianos a la Instrucción Pública, a la Beneficencia y al Progreso general de España y su historia hecha en La Prensa de Buenos Aires*, Oviedo, 1926; URÍA, Jorge: «Los indianos y la instrucción pública en Asturias», *Indianos*, Monografía de *Los Cuadernos del Norte*, Oviedo, Caja de Ahorros de Asturias, 1984, pp. 102-119; LÓPEZ, Juaco: «Emigración y liberalismo. El Club Allandés de La Habana», en GÓMEZ GÓMEZ, Pedro (ed.): *De Asturias a América. Cuba (1850-1930). La comunidad asturiana de Cuba*, Principado de Asturias, Allande, 1994, pp. 311-335.

orientación ideológica al margen del sistema público de enseñanza, frecuentemente se organizaban como un sistema que se integraba dentro de la escuela pública, y al que añadía lo que solía faltar en este último: entre otras cosas, locales dignos, material escolar, enseñanzas experimentales u orientadas a la colocación futura de los escolares en puestos de trabajo garantizados por las tupidas redes familiares de la emigración.

En el concejo de Oviedo, por ejemplo, la tradicional preocupación por las dotaciones escolares mostrada por las fundaciones privadas de enseñanza, había tenido su traducción en algunos locales donde, como en las Escuelas Pepín Rodríguez (1910) o, mucho más tarde, y ya en los años veinte, en las Escuelas del Bosque, la planificación de los patios y los espacios de recreo había tenido soluciones afortunadas. El caso de las Escuelas del Bosque fue, sin duda, peculiar, y su ubicación en medio del frondoso Parque de San Francisco, adonde les condujo la disponibilidad de locales municipales y sus propias dificultades iniciales de capitalización, les proporcionó posibilidades vedadas a otros de antemano. La utilización de los jardines públicos como espacio para actividades escolares, en todo caso, no era desconocida en otras partes de España en donde, como en Madrid, empezaron a utilizarse de un modo más o menos sistemático desde principios del siglo XX⁶.

Más interés tenía, de todos modos, el caso de las Escuelas de la Fundación Pepín Rodríguez, buen arquetipo de las fundaciones laicas de enseñanza de origen indiano a principios de siglo. Como en casos similares, el patio, el jardín o el huerto anejo a los locales escolares, tenía una funcionalidad compleja. No se trataba tan sólo de espacios destinados al juego y al contacto interpersonal de los alumnos, aunque no hay duda de que ésa era su función esencial. En las escuelas de Pepín Rodríguez, por ejemplo, el patio-jardín era a la vez tanto terreno para el recreo de los alumnos cuanto aula al aire libre y lugar de educación medioambiental y de respeto a la propiedad privada; podían los alumnos, por ejemplo, jugar despreocupadamente en medio de los árboles frutales, pero aprendiendo a la vez a respetarlos y a no hurtarles una fruta que no les pertenecía.

La situación del concejo de Oviedo en cuanto a este tipo de espacios era paragonable, en cualquier caso, a otros lugares de la región, donde no era raro que las fundaciones privadas dotasen a las escuelas no ya sólo de patios, sino también de huertos o parcelas en las que los escolares experimentaban nuevas técnicas agrícolas: los locales sufragados por Manuel González Martínez en Logreza, los de Teifaros que había pagado Joaquín Rodríguez, o los de la Fundación Rionda en Noreña, ofrecen buenos ejemplos, entre muchos otros, de la integración de los patios en el nuevo espíritu de planificación rigurosa de los locales escolares.

Un caso particularmente bien conocido gracias a la monografía de Aida Terrón y Ángel Mato, y al que cabría calificar de modélico por su organización pedagógica, fue sin duda el de la Fundación Escuelas Selgas⁷. Como sucedía en otras fundaciones públicas o en los colegios privados, se disponía aquí de un terreno para

⁶ DEL POZO ANDRÉS, María del Mar: «La utilización de parques y jardines como espacios educativos alternativos en Madrid (1900-1931)», *Historia de la Educación*, Salamanca, n.º 12-13 [*El espacio escolar en la Historia*] (1993-1994), pp. 149-184.

⁷ TERRÓN BAÑUELOS, Aida y MATO DÍAZ, Ángel (eds.): *Un modelo escolar integrador y reformista: la fundación Escuelas Selgas*, Oviedo, Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de Oviedo (Estudios y documentos, n.º 4), 1992.

el juego al aire libre, además de un espacio a cubierto de menor superficie para protegerse de las inclemencias; la Fundación, en cualquier caso, había dotado con generosidad este capítulo, y aunque las recomendaciones oficiales de 1905 establecían unos estándares de unos tres o cuatro metros de patio por alumno, en este caso se había llegado a los casi siete metros por escolar como promedio; eso sí, las diferencias de género sancionaban un uso selectivo del espacio, teniendo las niñas menor superficie para sus juegos que los niños.

La posibilidad de establecer dinámicas interpersonales de carácter más o menos voluntario o desinhibido en estos espacios eran, es evidente, tanto mayores cuanto menor vigilancia o planificación escolar recabasen por parte de la institución escolar. El huerto escolar para la experimentación de nuevas técnicas agrícolas o para las enseñanzas de agricultura, presentes también en algunas fundaciones asturianas, daba menos juego, en este sentido, que el simple patio escolar, o la plaza, la calle o el campo anejos al edificio escolar. La disciplina escolar podía restringir hasta extremos importantes, de hecho, las posibilidades que podían brindar los tiempos de recreo o los ausentes de planificación escolar. Casos extremos lo constituían, sin duda, el de los alumnos internos o el de aquellos que, sin serlo, estaban insertos en una planificación tan rigurosa que liberaba poco tiempo y espacio para el azar o la libertad de los niños.

Se conoce bien, en este sentido, el rigor minucioso del régimen interior de los alumnos en el colegio de los jesuitas en Gijón⁸. Bertuco, trasunto literario de Pérez de Ayala, recuerda en este sentido el patio de recreo del colegio, con su cobertizo para los días de lluvia, como un lugar en el que por un momento los niños volvían a su inquietud y espontaneidad natural, entregándose a juegos como el fútbol, la pelota vasca o competiciones como la maroma. Pero incluso aquí habían de acudir y permanecer los niños repartidos en *divisiones* u otros grupos preestablecidos de acuerdo con la edad y otros criterios. La severidad de los comedores, oyendo la perorata del lector desde su púlpito, y yendo cada comensal al puesto que le correspondía en cada división, tampoco hacían de la comida un acto desinhibido. Incluso los paseos, tras romperse las filas, imponían a los niños el cántico de himnos religiosos a coro mientras vagaban por los campos.

Los tiempos de recreo en el horario escolar, con todo, eran, a despecho de sus limitaciones o de su propia brevedad, vitales a la hora de establecer grupos *naturales* por afinidad de sus integrantes, a la vez que favorecían el establecimiento de los liderazgos y las relaciones de subordinación que caracterizaban a las pandillas o grupos infantiles. Si examina uno los horarios escolares vigentes en fundaciones como la Pepín Rodríguez, efectivamente, puede comprobarse que apenas disponían los alumnos de 15 minutos durante la mañana para estas expansiones en libertad más o menos vigilada; podían disponer, desde luego, de las dos horas que se daban para la comida, pero no todos los niños usaban los comedores escolares ni llegaban a los patios con la antelación suficiente como para hacer un uso dilatado de ellos y de sus posibilidades de interrelación.

Quizás, incluso, fuese más importante el contacto y las oportunidades de juego abiertas de camino al colegio, o a la vuelta a casa, a partir de las cinco de la tarde.

⁸ MATO DÍAZ, Ángel y TERRÓN BAÑUELOS, Aida: «Un ejemplo de espacio escolar cerrado: el Colegio de “La Inmaculada” en Gijón», *Historia de la Educación*, Salamanca, n.º 12-13 [*El espacio escolar en la Historia*] (1993-1994), pp. 245-271.

Y desde luego, no cabe perder de vista el papel que tenían en esta dirección los habituales períodos de vacación a la hora de reforzar las relaciones tejidas con anterioridad en la escuela, en la comunidad o en el ámbito familiar. En las escuelas de niñas de la localidad ovetense de Lorianana, por ejemplo, estos períodos se ajustaban rígidamente a las Navidades, del 24 de diciembre al 6 de enero, el mes de agosto en el verano y el habitual período de Semana Santa, además de fiestas como la Dolorosa, el martes de Pascua de Resurrección, o la fiesta destinada a los fundadores de la institución.

En realidad, la calle era un lugar de aprendizaje y de sociabilidad cuya importancia no se limitaba estrictamente a los horarios liberados de la jornada escolar. Sabemos de hecho que, dependiendo del barrio o la comarca de que se tratase, las calles podían estar repletas de niños en pleno horario escolar. Los periódicos republicanos o progresistas, muy vigilantes con la dejación de responsabilidades del Estado en cuanto a sus obligaciones de enseñanza, habían llamado la atención frecuentemente sobre este hecho; y podrían citarse varios artículos de diarios como el gijonés *El Noroeste* que, en el período anterior a la Primera Guerra Mundial, denunciaron una vez y otra situaciones como éstas.

Uno de sus editoriales en julio de 1905 llamaba la atención precisamente sobre los perniciosos efectos que tendría aquella educación en la espontaneidad, y al margen de los planes educativos necesarios para la formación de buenos ciudadanos —una de las obsesiones de sus proyectos educativos radicales—, así como la «desagradable impresión» que llevaban los visitantes extranjeros cuando observaban:

el gran número de chicos de ambos sexos que pululan por las calles y convierten durante el día y noche la plaza o el paseo en punto de reunión o de juego, molestando al público y dando una pobre idea de nuestra cultura popular [...].

No creemos necesario determinar las consecuencias que ese estado de ociosidad y esa vida callejera ha de tener para la juventud [...]. En pleno arroyo, en continuo roce, niños y niñas, en libertad absoluta y en absoluto abandono por parte de los padres, no se va camino de la honradez y del trabajo, sino que se avanza con rapidez vertiginosa hacia el vicio y la holgazanería⁹.

Era en espacios como éstos, y en las secuencias temporales al margen o en los límites de la planificación escolar, donde se establecían, por tanto, las condiciones para el desarrollo de unas manifestaciones de la sociabilidad que, debido a su carácter frecuentemente informal, voluntario y asociado a ideas como las de placer y diversión, presentaban unas claras concomitancias con el juego. Un asunto, por cierto, necesitado de estudio todavía en el ámbito regional en el que nos estamos moviendo. Existen desde luego materiales folklóricos suficientes para conocer algunas de sus manifestaciones tradicionales. El excelente estudio finisecular de Braulio Vigón sobre los *Juegos y rimas infantiles recogidos en los concejos de Villaviciosa, Colunga y Caravia*, nos ofrece una compilación tan excelente y bien orientada analíticamente —una excepción en los trabajos folklóricos regionales— cuanto poco explorada desde el punto de vista de la historia de la educación¹⁰.

⁹ *El Noroeste*, Gijón, 27-VII-1905.

¹⁰ VIGÓN CASQUERO, Braulio: *Tradiciones populares de Asturias. Juegos y rimas infantiles recogidos en los concejos de Villaviciosa, Colunga y Caravia*, Villaviciosa, Imprenta de «La Opinión», 1895, ed. fasc. en VIGÓN, Braulio: *Asturias*, Oviedo, 1980.

Algunos de los juegos inventariados en esta fase finisecular, y singularmente los orientados a los niños de muy corta edad, implicaban a pocos ejecutantes, frecuentemente a la madre y al niño, y se orientaban claramente a la obtención de habilidades elementales psicomotoras o de lenguaje (*el paxarín* o *el cu-cu*, por ejemplo). Los juegos para niños y niñas de más de cuatro años, en cambio, tenían una funcionalidad social mucho más compleja, y su análisis desborda por completo las pretensiones de este artículo. Se trababa no pocas veces, desde luego, de juegos en grupo y que implicaban la formación de un equipo o varios por afinidades electivas, aunque no fuese rara tampoco la circunstancia de formarse los grupos al azar y recurriendo a distintos sistemas de *echar las suertes* para determinar sus integrantes.

Aquellos juegos cumplían, entre otras cosas, funciones de intrincadas derivaciones en la construcción social de la personalidad de sus participantes; los juegos favorecían, por ejemplo, la cooperación y reforzaban las solidaridades grupales, estimulaban las astucias o estrategias sociales elementales para la vida comunitaria, o la agresividad y competitividad dentro de normas socialmente arraigadas. A la vez, el juego ejercitaba habilidades sociales de más amplio espectro; mostraba y sancionaba las diferencias de género (en los *corros* o *el casca*, por ejemplo), la jerarquización social (*la gallina popozada*), las relaciones de producción establecidas y el mundo de los intercambios económicos elementales para la comunidad (*la pita ciega, estira y encoge, los pucherinos de miel*), o la religiosidad (*los colores*)...

Hace falta saber más, en todo caso, sobre este tipo de actividades en transformación, sin duda, en el panorama de intensos cambios socioeconómicos de principios de siglo. Los juegos que recopilaba Vigón pertenecían a un universo rural todavía vigoroso, pero que sin duda estaba sufriendo serios embates y volviéndose permeable a novedades y prácticas enteramente exóticas. La buena fortuna del fútbol en este sentido, y sobre todo en las zonas costeras donde la bajamar dejaba en las playas excelentes canchas para su ejercicio, ilustra sobradamente este proceso.

Añádase de paso que el juego, sobre cuyo uso consciente en los planes reglados de enseñanza aún se sabe poco, fue usado desde luego con buen tino por sectores que, como los eclesiásticos, usaron recursos imaginativos para intentar recuperar una clientela que, al menos en la Asturias primisecular, se les estaba yendo de las manos o presentaba signos evidentes de descristianización. Los juegos puestos en práctica por Manjón en algunas de las escuelas regionales inspiradas en sus principios pedagógicos o, sobre todo, los que se ensayaron en el que quizás haya sido el sistema catequístico más adelantado de la España de la época, el de la diócesis de Oviedo, son buenos ejemplos de ello; revistas como *La Santa Obra del Catecismo* (1895-1904), especialmente a través de su sección *recreativa*, proporcionan buenos ejemplos de ello¹¹. La Iglesia intentaba así encuadrar a la población infantil con vistas, sin duda, a intentar un firme arraigo de la piedad en quienes iban a ser sus feligreses futuros. Una tarea ciertamente difícil, toda vez que se le iban a oponer en la región modelos laicos como el de la gijonesa Escuela Neutra, las escuelas de los centros obreros y populares, o intentos de encuadramiento

¹¹ URÍA, Jorge: «La enseñanza del catecismo en Asturias en los inicios del siglo XX», en AYMES, Jean-René; FELL, Ève-Marie y GUERENA, Jean-Louis (eds.): *École et Église en Espagne et en Amérique Latine. Aspects idéologiques et institutionnels*, Tours, Publications de l'Université de Tours (Études Hispaniques, VIII-IX), 1988, pp. 61-88.

patriótico, pero igualmente desmarcados del control eclesiástico, como el de los batallones infantiles presentes en el panorama asociativo gijonés desde principios de siglo.

La educación en tramos de edades superiores tenía, entre tanto, otras implicaciones desde el punto de vista de la sociabilidad. En el nivel *informal* o, para usar la terminología de Gurvitch¹², en el *espontáneo*, el impulso asociativo voluntario y sin carácter estructurado tenía en el mundo universitario manifestaciones frecuentemente arrolladoras o tumultuosas. Lo cierto era que, fuera de los horarios de las clases, las cuadrillas de estudiantes llevaban una vida de notorio desorden, y cuya fama tenía antecedentes bien arraigados en el tiempo; sabida era, en efecto, su antigua costumbre de reunirse «en pandillas y banderías divididas, a las veces, por provincias y concejos», dando lugar sus asociaciones a «riñas, amores, juegos y otros desórdenes» que llegaron incluso a las rejas de los conventos, según cuenta Fermín Canella en su *Historia de la Universidad de Oviedo*¹³. Lo relatado por el autor, prudentemente, se limitaba a los siglos que precedían al XIX marcando una nostálgica distancia con los tiempos presentes, pero no hay duda de que tales prácticas habían llegado con bastante buena salud al siglo XIX. El mismo Canella contaba la prolongación en esta centuria de la tradicional oposición entre la *polaina* y la *sotana* —los sectores populares y los estudiantes— en paseos, grandes fiestas o romerías, en los patios del teatro o la plaza ovetenses.

Las entrevistas realizadas a principios de los años 70 del siglo XX a familias ovetenses con tradición hostelera mostraron, por otra parte, una indudable vigencia de la fama bullanguera y tumultuosa del estudiantado universitario durante todo el primer tercio del siglo XX¹⁴. La afición al juego y el demasiado gasto, llegaron a provocar situaciones curiosas en algunas pensiones estudiantiles. En la popular «Casa Paredes», abierta desde 1895, los propietarios recordaban cómo, a finales de curso, los estudiantes, que habían llegado a principios de curso con varias camisas, mudas y trajes, habían visto reducido a la mínima expresión su vestuario hasta el extremo de verse «hasta seis estudiantes en la cama todo el día porque habían empeñado sus ropas y no tenían con qué vestirse».

El estudiantado, por lo demás, frecuentaba locales de *music-hall* y, esporádicamente, algunas casas de comidas en las que reforzaban con asequibles bocadillos la menguada dieta de las pensiones. Algunos testimonios literarios informan incluso de la costumbre de empeñar los libros de texto apenas comenzado el curso. Además, de creer estas mismas fuentes novelísticas, esta fama moralmente fronteriza alcanzaba también a los estudiantes del Seminario conciliar donde al parecer, amparados en la nocturnidad y valiéndose de improvisadas maromas formadas con sábanas, habíase dado el caso de alumnos que abandonaban la severidad de su reclusión para prolongar al sereno aficiones imposibles de llevar a cabo en el Seminario como, se decía, su popular afición al vino blanco. Consta, además, que cuadrillas de estudiantes del Seminario conciliar llegaron a participar, como si de una

¹² GURVITCH, Georges: *La vocation actuelle de la sociologie*, Paris, Presses Universitaires de France, 1963, 2 vols.

¹³ CANELLA, Fermín: *Historia de la Universidad de Oviedo y noticias de los establecimientos de enseñanza de su distrito (Asturias y León)*, Oviedo, Imp. de Flórez, Gusano y C^a, 1903-1904 (2^a ed), ed. fasc., Oviedo, Universidad de Oviedo, 1985.

¹⁴ ARRONES PEÓN, Luis: *Historia y anécdota. Hostelería del viejo Oviedo*, Oviedo, 1974.

tropa de choque se tratara, en alguna de las confrontaciones callejeras entre clericales y anticlericales de la ciudad de Oviedo.

Los tumultuosos resultados de esta intensa actividad asociativa no sólo se limitaron a los marcos informales y más o menos espontáneos, sino que llegaron también a plasmarse en entidades de estructuración y organización interna más cuajada: las actividades musicales de las tunas son un buen ejemplo de ello. Como en el caso de otras costumbres comunitarias estudiantiles, los antecedentes de este modelo asociativo pueden retrotraerse al mismo momento de la apertura de la Universidad, en pleno siglo XVII, y su existencia apareció vinculada a los habituales episodios de pendencias y desórdenes de los que ya se ha dicho lo suficiente. En el XVIII, incluso, se llegó a prescribir explícitamente que el estudiantado dejase de «fumar, ir a la tuna, salir a horas de vela, frecuentar ciertas tertulias de mucha confianza, etc.». En el final del siglo XIX, desde luego, la tuna seguía funcionando; esta vez, en todo caso, se trataba de una resurrección arqueologizante que remediaba su antiguo vestuario y hábitos y que, con todo, intentaba reproducir su vida disipada de antaño. El asociacionismo musical de principios de siglo XX, en todo caso, conoció la presencia de estas rondallas juveniles, especialmente en períodos como el de los carnavales, hasta que como resultado de una larga decadencia, acabaron extinguiéndose en 1928¹⁵.

Fuera de casos como éstos, los intentos de estructurar empeños asociativos de más ambición que los puramente recreativos tuvieron, en general, poca consistencia. Como resultado sin duda del excepcional clima de estimulación intelectual vivido en la Universidad ovetense, el 8 de enero de 1901, el diario *El Carbayón* daba la noticia de la creación de *La Unión Escolar ovetense*, una asociación de alumnos de Derecho que preparaba una función en el Teatro Campoamor para recabar fondos para la misma, y cuyos objetivos se explicarían en los *Anales de la Universidad de Oviedo* del curso 1902-1903¹⁶. Se explicaba en esta información que la entidad había surgido a impulsos de algunos «señores catedráticos» y «en segundo término» de varios estudiantes que conseguían inaugurarla a fines de noviembre de 1901. Sus fines, por otra parte, se orientaban en una doble dirección: hacia objetivos educativos, en primer lugar, impartiendo conferencias y lecturas los socios para «soltarse a hablar en público», o convocando certámenes científico-literarios como el del curso 1902-1903; pero también, y cabría subrayar que sobre todo, hacia objetivos recreativos; y de hecho, los propios *Anales* reconocieron que estas metas se cumplían «acaso mejor que el [objetivo] educativo». En sus locales, en efecto, funcionaba un gimnasio al parecer bastante completo, y se había creado un *Foot-Ball-Club-Escolar* que había registrado un notorio éxito.

Pero no debió de arraigar el empeño asociativo, toda vez que el diario *El Carbayón* anteriormente citado, en su número del 21 de agosto de 1906 anunciaba la creación, un año antes, de la *Asociación de Antiguos Alumnos y Amigos de la Universidad de Oviedo*, surgida a impulsos de Rafael Altamira, y cuyos estatutos se reproducían en el periódico. Pese a que, al parecer, a finales de año tenía ya 518

¹⁵ URÍA, Jorge: «El proceso de formación de las sociedades corales en Asturias. De los inicios de siglo a los años treinta», en CARBONELL I GUBERNA, Jaume (ed.): *Els orígens de les associacions corals a Espanya (s. XIX-XX)*, Barcelona, Oikos-Tau, 1998, p. 211.

¹⁶ MÉNDEZ SAAVEDRA, Leopoldo: «La Unión Escolar ovetense», *Anales de la Universidad de Oviedo*, Oviedo, año II.-1902-1903, (1903), pp. 299-302.

adheridos, da la impresión de que tanto esta entidad como su antecesora estuvieron bastante al margen de los principales episodios de movilización estudiantil de aquellos años y que mostraron mucho menos apego por éstos que por las simples actividades deportivas o recreativas. Un malicioso suelto del gijonés *El Noroeste* informaba por ejemplo de cómo los estudiantes de *La Unión Escolar*, con motivo de los sucesos universitarios de Salamanca en 1903, tras aprobar el envío de un telegrama de protesta al Ministerio de Gobernación y otro de condolencia al rector salmantino, y después de colocar un lazo negro en señal de duelo y acordar celebrar una misa «en sufragio de las almas de los compañeros muertos», se habían encaminado «en masa al campo de maniobras, a jugar al *foot-ball*»¹⁷.

En realidad, y por informaciones de la prensa de días sucesivos, daba la impresión de que el eco de tales sucesos había tenido mucho mayor impacto en lugares como el Instituto Jovellanos o en la Escuela Superior de Industria de Gijón además de, por supuesto, en los ambientes republicanos o la propia prensa radical de la ciudad, lo que se tradujo en una huelga general en abril de ese año convocada en la villa del cantábrico con motivo «de los tristes y recientes sucesos llevados a cabo en Salamanca y Madrid».

Las huelgas de la Facultad de Ciencias de diciembre de 1906, los desórdenes de abril de 1910 con motivo de las agresiones de la prensa conservadora a Altamira además de, por supuesto, los de febrero del mismo año en la gijonesa Escuela de Artes y Oficios, parecen haberse desarrollado al margen de las asociaciones estudiantiles ovetenses o las gijonesas que, como la *Asociación de Antiguos Alumnos del Instituto de Jovellanos*, venían funcionando desde 1907. Significativamente también, la monumental bronca montada en los ambientes estudiantiles de la Universidad, el Instituto de Jovellanos y la Escuela Superior de Industrias de Gijón, con motivo de un famoso y bien argumentado artículo de la librepensadora Rosario Acuña en *El Progreso* de Barcelona, y en donde se ponían en evidencia los vicios machistas y clasistas del estudiantado de la época, tampoco parecen haber tenido en cuenta las entidades estudiantiles, que a estas alturas vegetaban o se habían convertido, sin más, en sociedades meramente deportivas. El movimiento estudiantil, por tanto, se insertó en estos años en los marcos de una sociabilidad de corte mucho más espontaneísta que estructurada, y que respondía a movimientos de intención típicamente corporativa y funcionamiento espasmódico.

Los centros obreros. La cultura como arma

La mayoría de aquellos universitarios, en todo caso, y una vez acabados sus estudios, abandonaba la enseñanza para integrarse en el mundo de los negocios, del bufete o del despacho profesional propio de una vida más reposada. No todos los adultos respondían sin embargo, y como es obvio, al mismo estándar. Las responsabilidades familiares o el mundo del trabajo acechaban a los miembros de las clases populares sin poder, en consecuencia, disfrutar de las condiciones económicas y de la posición social que hacían posibles los estudios secundarios o universitarios. Existían, claro es, excepciones: la figura del *autodidacta* con todas las limitaciones

¹⁷ *El Noroeste*, Gijón, 4-IV-1903.

inherentes a un proceso de formación intelectual sin guía ni orientación definida era un ejemplo de lo contrario. En casos así, el acceso a la lectura y la escritura, la asistencia a conferencias o cursos, y la disponibilidad de *manuales* de intención divulgadora, que ofrecían en un corpus reducido un repaso sistemático a tal o cual disciplina, y de los que estaban bien provistas las bibliotecas de los centros obreros y ateneos populares, posibilitaba un proceso autoformativo cuya importancia fue decisiva en muchos de los dirigentes obreros o del proletariado más *consciente* o militante.

Sin aquel afán de completar autónomamente la formación personal, no hubiesen sido posibles figuras como la de Manuel Vigil Montoto, elemento clave en el socialismo asturiano y, andando el tiempo, especialista en el estudio y la propaganda de los métodos de previsión social¹⁸; o la del dirigente asturiano Teodomiro Menéndez, ejemplo de obrero aplicado y diligente —a quien los profesores de la Extensión Universitaria ovetense mostraban con orgullo como ejemplo del provecho de sus esfuerzos—, y posteriormente uno de los bastiones más firmes de las posiciones más moderadas dentro del socialismo regional.

Pero no eran casos comunes. Lo normal, por el contrario, era que el acceso forzado al trabajo, además de las obligaciones familiares, sobrecargasen las ocupaciones habituales y cortasen de raíz la posibilidad de proseguir cualquier estudio. No por ello, sin embargo, se extinguía en los sectores populares el apetito por la educación; por el contrario, sabemos bien que en Asturias, al igual que en el resto de España, existió una bien perfilada demanda popular de cultura, y que con mucha frecuencia el mundo de las organizaciones obreras, políticas y sindicales, depositó en la instrucción unas acentuadas esperanzas de cambio y progreso políticos.

De manera parecida a como sucedía en otros lugares del territorio español, también aquí el socialismo, por ejemplo, consideraba a la cultura como una especie de llave para la redención social y económica del proletariado¹⁹. En el número 50 de *La Aurora Social*, órgano del socialismo asturiano, podemos encontrar una buena muestra de aquel desmedido apetito por la cultura, a la par que una excelente ilustración de la ciega confianza en su virtudes²⁰. Fueron circunstancias así las que les hicieron agradecer, sumisa y acriticamente, los esfuerzos del reformismo social puesto en práctica por las conferencias de la Extensión Universitaria ovetense:

Luchamos los trabajadores, puede decirse que a la desesperada, sedientos de instrucción que eleve nuestra cultura, para alcanzarla cuanto antes y salir de este estado miserable en que vivimos.

Las clases pudientes, echándose las de humanitarias, agítanse también para proveer a nuestras necesidades intelectuales y nos sirven una bazofia imposible de digerir, matando en nosotros todo germen de dignidad de clase y convirtiendo a muchos obreros en mansos borregos resignados a vivir siempre con el brazo extendido para recibir limosna de aquello a que tienen perfectísimo derecho.

¹⁸ VIGIL MONTOTO, Manuel: *Recuerdos de un octogenario*, Madrid-Oviedo, Editorial Pablo Iglesias-Fundación José Barreiro, 1990.

¹⁹ DE LUIS MARTÍN, Francisco: *Cincuenta años de cultura obrera en España, 1890-1940*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1994, pp. 85-122.

²⁰ GUEREÑA, Jean-Louis: «Clarín en la Extensión Universitaria ovetense (1898-1901)», en *Clarín y La Regenta en su tiempo*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1987, pp. 155-176.

[...] Ellos fundan círculos católicos donde con lecturas y enseñanzas exclusivamente reaccionarias, embotan nuestros sentidos y convierten a algunos pobres obreros en brutos domesticados, no en hombres que razonan y piensan.

Somos nosotros, los trabajadores, los que tenemos que pensar en educarnos, en instruirnos, aprovechando nuestros escasos recursos y los medios que ponen a nuestro alcance algunas personas, pocas por desgracia, que a pesar de vivir en otra esfera social sus nobles sentimientos los induce a darnos la mano para ayudarnos a salir de este pudridero donde una sociedad inmensamente egoísta nos quiere tener eternamente sumidos²¹.

A su modo, pese a la excesiva confianza en la instrucción o a pesar de su tono de sumiso agradecimiento al paternalismo de los profesores de la Extensión, el texto era certero en su caracterización de la descarada instrumentalidad de la cultura servida desde los centros católicos²². Recién inaugurado el siglo, en 1900, funcionaban en Asturias ocho círculos católicos que totalizaban 3.828 asociados. En el conjunto de la afiliación obrera de entonces, constituían una cifra nada despreciable si no fuera porque buena parte correspondía al Círculo de Ujo, que con sus 1.500 afiliados ilustraba a la perfección los mecanismos coactivos del paternalismo empresarial propio del *Coto* en la cuenca del Aller del marqués de Comillas, patrono ejemplar del limitado catolicismo *social* de la época. El resto de la afiliación se concentraba sobre todo en Gijón (1.256 socios en dos círculos) y Oviedo (500), frente a las discretas cifras de afiliación de Noreña, Pola de Siero, Tapia y Pola de Laviana.

Los círculos, desde luego, eran la parte más visible, y la más relacionada con objetivos culturales e instructivos, de un dispositivo de encuadramiento más vasto, y que incluía también asociaciones pías que intentaban contribuir a la propaganda del catolicismo (*Apostolado de la Oración, Asociación de Madres Cristianas*), a la caridad (con sus habituales asociaciones femeninas que organizaban ostentosas visitas a los menesterosos), o al brillo litúrgico (*Adoración Nocturna, Vela Continua*, etc.); así como asociaciones de carácter más popular y de perfil religioso menos neto, pero muy extendidas, como las sociedades parroquiales de festejos, en donde se intentaba combinar los antiguos fines religiosos de las cofradías y hermandades (misa por socios difuntos, fiesta patronal con misa solemne) con la organización de festejos francamente paganos en la tarde en la que se festejaba el santo patrono. De este tipo de sociedades, sólo en el concejo de Oviedo, llegaron a funcionar entre 1898 y 1914 unas catorce, imitando el modelo de la ovetense cofradía de La Balesquida, una antigua institución fundada en 1232 y cuyo protocolo festivo, con reparto de bollo *preñau* de chorizo y vino blanco, había sentado costumbre.

Los objetivos de los círculos católicos, en todo caso, es sabido que se orientaban en cuatro direcciones: el fin religioso, el instructivo, el recreativo y el económico. Pero cabe poca duda de que, por una parte, los descuidados fines económicos y asistenciales, las débiles cajas de ahorro o las sociedades de socorros de estas instituciones, nunca entraron en contradicción con un respeto escrupuloso a la

²¹ *La Aurora Social*, Oviedo, año II, n.º 50, 15-IX-1900.

²² ERICE, Francisco: «Las repercusiones de la "Rerum Novarum" y el primer catolicismo social: El caso de Asturias», *El Basilisco*, Oviedo, n.º 18 (enero-junio 1995), pp. 65-82.

jerarquía obrero-patronal, y a una orientación marcadamente paternalista que buscaba la armonía social y negaba obsesivamente la lucha de clases. Desde otro punto de vista, los fines instructivos y recreativos, mucho más desarrollados, tuvieron desde el principio una marcada orientación ideológica²³. Todos los círculos sostenían escuelas nocturnas donde, a las indispensables clases de lectura, escritura y cuentas, siempre se añadían, como era de rigor, las de religión y moral y, circunstancialmente, conocimientos instrumentales para la vida profesional de los obreros, como dibujo o teneduría de libros. Las cifras de asistencia eran estimables: 200 alumnos acudían al Círculo de Gijón en 1896, y el Círculo de Oviedo contaba con 352 en 1905. Los centros disponían además de biblioteca, con obras cuidadosamente seleccionadas y «buena» prensa, y se impartían un regular número de conferencias de corte marcadamente religioso. A nadie podía engañar, sin embargo, este despliegue de atenciones hacia la clase obrera.

En realidad, los centros y círculos católicos habían surgido como una clara respuesta a las organizaciones de clase o a la conflictividad obrera. La intención de las labores instructivas desplegadas ante el público de estas entidades siempre tenía un carácter subordinado a los objetivos religiosos, y lo mismo cabría decir de las actividades recreativas, nutridas de un aburrido repertorio de bailes «honestos», de obras de tesis y con moraleja, o juegos permitidos que nada podían hacer frente a la muy desarrollada industria de espectáculos *psicalípticos* o ante la temida taberna. Por si hubiera alguna duda, un texto de la *Memoria* del Círculo de Oviedo en 1894, lo descubriría con paladina claridad, cuando se trataba de justificar la presencia en los locales de la sociedad de un café:

[...] que no consiste en usar de esta bebida y de otras semejantes con la moderación y sobriedad reglamentaria, ni en pasar entretenidos algún rato en juegos lícitos y honestos, sino en que todo esto sirva de estímulo y *anzuelo* para atraerles y una vez aquí, poder aleccionarles con alguna variada conferencia [...] que les vuelva deferentes, dóciles, amables y juiciosos²⁴.

Los socialistas, a la postre, acababan por tener ideas similares en lo que a la instrumentalidad de la cultura se refiere: al fin y al cabo, también ellos habían luchado con todas sus fuerzas contra la taberna, considerándola un lugar execrable donde se concentraban todos los vicios del proletariado, y habían intentado poner en marcha un teatro «social» de intenciones tan diáfanas como el católico. Pero quizás la principal diferencia con los círculos del catolicismo radicaba en que, finalmente, los objetivos de unos y otros diferían radicalmente: la Iglesia no podía disimular, en esta perspectiva, su intención de legitimar el orden burgués de la Restauración en sus versiones más conservadoras, mientras que los grupos socialistas cumplían el papel de defender a los sectores obreros de unas condiciones de explotación cuyo rigor a principios de siglo no puede ser obviado.

El análisis de la prensa socialista de principios de siglo y, en lo que aquí nos concierne, de su órgano de expresión asturiano *La Aurora Social*, nos muestra

²³ RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Jesús Jerónimo: *La cultura sindical en Asturias, 1875-1917*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 2000, pp. 313-317.

²⁴ *Círculo Católico de Obreros de Oviedo. Memoria leída en la inauguración del nuevo edificio y apertura de las clases nocturnas por el señor Director D. Manuel Misol Martín, Presbítero Canónigo-Magistral de la S. I. C. B. Curso de 1894 a 1895*, Oviedo, 1894. El subrayado figura en el original.

hasta qué punto se convirtió en una de sus consignas más repetidas la reivindicación de un nivel adecuado de instrucción y cultura. En 1901 por ejemplo, el periódico informaba de cómo varios propagandistas como David Nuño, Bonifacio Martín, L. Miranda o V. Huergo, insistían machaconamente, y en un mismo acto celebrado en Oviedo, tanto en las ineludibles tareas de organización partidaria cuanto —y eso es lo que más nos importa ahora— en la instrucción «para ser fuertes y llegar al triunfo», o en «la reflexión y el estudio para no ser víctimas de la locura de unos y el vicio de otros», para «acabar pronto con toda clase de injusticias» u «obrar sin precipitaciones que nos dañen»²⁵.

Los variados efectos que se esperaban de la posesión de lo que se denominaba «cultura» pueden dar una idea de hasta qué punto su reivindicación cubrió prácticamente cualquier esperanza de redención futura, convirtiendo su adquisición poco menos que en la clave definitiva para acceder a la revolución social. Así entendida, la cultura pasó a ser una condición necesaria para cualquier avance social o político, entendiéndola como un valor en sí mismo, y con un carácter *neutral* que la hacía levitar por encima de cualquier división o contradicción de clase. Gracias al estudio, como se sostenía en el n.º 92 de *La Aurora Social* de 1901, se esperaba nada menos que se modificase y se preparase el género humano para el advenimiento de una sociedad en la que «reinará la más completa armonía»²⁶. La instrucción llegó a ser, de esta manera, objeto de una acentuada idealización en la literatura socialista primisecular, convirtiéndose en la «nueva religión» del socialismo cuyo advenimiento, inevitable y casi místico, preparaba. Lo decía con suma claridad nuestro periódico en el n.º 116 de 1902:

La nueva religión —si así puede llamarse— es la luz de la instrucción; la única verdaderamente humana, civilizadora, la única que elevará a todos los hombres al mismo nivel económico, y que haciendo desaparecer las diferencias sociales, hará desaparecer con ella las causas de las sangrientas luchas.

Y el socialismo, que quiere llevar a la práctica esta doctrina, debe ser y en realidad lo es, la religión de los explotados y oprimidos.

Por eso los tiranos, acostumbrados a hacerse obedecer humildemente por los pueblos, combaten y persiguen a los que, más conscientes, practican una verdadera obra de misericordia enseñando a los que no saben; porque comprenden que el día en que todos se den cuenta de las verdades defendidas por el Socialismo, su dominio caerá como las hojas que lleva el viento.

En la retórica socialista, la cultura, de esta forma, pasó a ser poco menos que un equivalente del socialismo y del progreso: no era posible que la verdadera cultura estuviese reñida con la sociedad socialista ni que, en consecuencia, las personas bien instruidas y de buena voluntad dejaran de admitir la profunda justicia y el carácter inevitable de su advenimiento. La oposición a su llegada, en esta perspectiva, no podía provenir más que de la mala voluntad de una burguesía egoísta, o de la *ignorancia*; un argumento, este último, que fue usado también con cierta profusión en los mítines socialistas primiseculares achacándole a este vicio, como hacía Manuel Vigil en uno de sus mítines de 1901, el que la verdad del socialismo

²⁵ *La Aurora Social*, Oviedo, año III, n.º 95, 10-VIII-1901.

²⁶ *Ibid.*, año III, n.º 92, 20-VII-1901.

no se hubiese extendido más y, en consecuencia, no estuviesen más nutridas las filas del PSOE.

Seguramente no están muy lejos de este modo de argumentar los dictérios con que cubrieron los círculos socialistas o el progresismo republicano a los campesinos, en quienes se identificaba como si fuese una misma e inseparable cosa, el conservadurismo o incluso el carácter reaccionario en lo político, con una incultura o falta de instrucción exasperante. Prescindiendo del hecho de que se impartiesen cursos de instrucción elemental en muy pocas de las asociaciones de agricultores asturianas —aunque sí conferencias de otro tipo—, no hay duda de que el reproche era injusto; simplemente la cultura campesina tenía caracteres distintos a la urbana y, definitivamente, se apartaba en el norte de España, en más de un sentido, de los comportamientos y de las metas sociales de los movimientos obreros y populares. La oposición y el despecho que despertaban estas actitudes en los movimientos populares quedaban al descubierto en textos de tanta claridad como el del republicano Álvaro de Albornoz en el diario gijonés *El Noroeste*:

A esa gente —repito— ¿cómo se la redime? ¿Cómo se redime a los paisanos? En política no son republicanos ni monárquicos, ni reaccionarios, ni liberales, son simplemente bestias, *animales* [subrayado en el original] políticos, como diría Aristóteles [...]. En religión no son católicos ni protestantes, deístas ni ateos. Para ellos toda religión se reduce al culto externo y creen en el cura a medias. Por valientes que sean tienen horror a los cementerios, se asustan de los «fuegos fatuos» y ven procesiones en las nubes, como me aseguraba a mí un vecino de Muñás. Su respeto hacia los señores, hacia los ricos, llega en algunos hasta el fanatismo. En aquellos cerebros, tapiados a la luz no puede entrar pensamiento alguno ni tomar asiento una idea abstracta. Piensan por imágenes, por símbolos. Tienen —¡esto sí que es doloroso!— la seguridad de que han de ser siempre pobres, vejados y oprimidos. No sienten la injusticia en la entraña; sienten el resquemor del látigo en el lomo. De ahí a la esclavitud un paso²⁷.

La dureza de juicios como éstos, sólo amainada cuando se daba la noticia de la apertura de algún centro republicano o socialista en pleno campo, palidecía sin embargo ante la prosa socialista, de una virulencia desusada ante un campesino usualmente refractario a su mensaje de cultura y socialismo. Como de costumbre, *La Aurora Social* da buena cuenta de ello:

Subyugados por el fanatismo religioso desde chiquitines, no se cuidan para nada de su independencia y son vilmente tratados por toda clase de personas que poseen algún privilegio. En religión, permanecen continuamente bajo la férula del cura; en política están atados de pies y manos y no pueden obrar jamás por cuenta propia; siempre hacen aquello que al cacique se le antoja exigirles, aun cuando sea una monstruosidad; económicamente están en muchísimo peores condiciones que los trabajadores de los demás oficios y sus esfuerzos reciben una más insignificante remuneración²⁸.

A decir verdad, los anarquistas, que tenían una significativa presencia entre el proletariado agrícola del sur de la Península, no solieron fulminar acusaciones de

²⁷ *El Noroeste*, Gijón, 2-VIII-1900.

²⁸ *La Aurora Social*, Oviedo, año II, n.º 65, 29-XII-1900.

este rigor contra el campesinado; compartían, de todos modos, buena parte de los tópicos sobre el valor revolucionario de la cultura que eran defendidos por los socialistas, aunque sin duda dentro de un ropaje argumental frecuentemente más complejo y hasta contradictorio²⁹. Como de costumbre, el observatorio de la prensa de partido proporciona buenos indicios de este tipo de argumentaciones. Corriendo el año de 1912, por ejemplo, el quinto número de *El Libertario* ofrecía una excelente muestra de ello:

La vida tiene para nosotros imperiosas exigencias. Antes que de nada, hemos de acordarnos que tenemos un estómago. Y éste no se llena precisamente con la prosa de Cervantes, con las rimas de Espronceda, con las sátiras de Quevedo, con las ironías de Anatol France, con las ideas de Kropotkin, ni con otras filosofías por el estilo. La sociedad burguesa con sus iniquidades, así lo ordena. Por eso no nos quedan más que dos cosas para escoger: o perdernos en la abulia y la vulgaridad ambiente, como un número más de los ceros sociales, o luchar con ahínco, por medio del método autodidáctico, por nuestra elevación intelectual.

Nuestro temperamento anarquista nos induce a esto último. La lucha por la cultura es la que está a la cabeza de nuestras propagandas, aun cuando nuestra ignorancia es grande. Por eso publicamos periódicos y folletos, por eso amamos la discusión y la polémica. La propaganda por la cultura es, pues, una labor primordial y urgente para los anarquistas.

Textos como éstos podrían fácilmente multiplicarse. En ellos se mezclaban muchas cosas a la vez: la percepción dolorida, en primer lugar, de un apartamiento del proletariado de los bienes culturales debido a la explotación económica y a unos horarios laborales que impedían su disfrute a estos grupos sociales. Solía hacerse presente también una idea de cultura frecuentemente asociada a la acumulación desordenada de especulación filosófica o aficiones literarias estetizantes, proviniesen éstas de los clásicos castellanos, o del moderno y brillante parnasianismo de autores como Anatole France, de invocaciones frecuentemente nietzscheanas o sorelianas a la voluntad como medio de redención individual o social además, desde luego, de defensas de la idoneidad del método autodidáctico como mecanismo para sobreponerse al monopolio egoísta de la burguesía del patrimonio cultural. Y desde luego, como en los textos socialistas, también era posible localizar en este caso una defensa cerrada de la adquisición de bienes culturales como mecanismo indispensable para acceder a la revolución y a una sociedad perfecta, a un estatus revolucionario que se entendía, no se olvide, como la plasmación de un orden *científico*, avalado por la moderna sociología o el evolucionismo spenceriano y cuyo advenimiento, precisamente por ello, era poco menos que inevitable.

Corriendo el año de 1903, unas conferencias en la Extensión Universitaria de Gijón de Ricardo Mella, quizás uno de los teóricos anarquistas de mayor interés e influencia en el anarquismo local, ponían estas ideas en claro³⁰. El autor de estas reflexiones defendía, desde luego, una idea de *civilización* y de ciencia como valores

²⁹ ÁLVAREZ JUNCO, José: *La ideología política del anarquismo español (1860-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 65-92.

³⁰ MELLA, Ricardo: «Las grandes obras de la Civilización», en *La Extensión Universitaria en Gijón en el primer año de 1902 a 1903*, Gijón, 1903.

en sí mismos, capaces de trascender los méritos individuales de sus elaboradores o su usufructo exclusivo por parte de determinados grupos sociales. Los avances de la ciencia suponían el *progreso* de todo el conjunto social, y eran responsables de significativos aumentos de nuestra comodidad y bienestar, así como del retroceso de «la teología y el fanatismo». Era cierto que la ciencia había sido usada torcidamente —reconocía— para la explotación de los sectores populares, pero si eso había sido posible era ni más ni menos que debido a que las «conquistas científicas no han llegado sino a muy contados cerebros»; en realidad, el progreso de la ciencia hacía inevitable, a su modo de ver, la llegada de la redención social como producto de un modelo de transformación histórica con evidentes anclajes en el pensamiento espenceriano:

Vivimos mal y todo concurre a que vivamos bien; [...] vivimos esclavos y todo concurre a que vivamos libres. [...] Se llegará por mil caminos distintos, pero se llegará a la conquista del contenido de la evolución. No es la fe quien contesta; es el curso de los sucesos.

Una confianza tan ciega en la cultura como un valor neutro y positivo en sí mismo, no podía conducir sino a un apetito desmedido por la instrucción que se tradujo en una recepción acrítica, expectante y reverencial, de un experimento de tan claras intenciones ideológicas como el de la Extensión Universitaria. Vale la pena recordar, aunque sea conocido, que el famoso experimento de los profesores universitarios ovetenses tenía, por encima de sus intenciones vulgarizadoras, unos objetivos de morigeración social muy explícitos que intentaban «provocar corrientes de simpatía social, suavizando las rivalidades de clase», según reconocían sus propios fundadores. Pese a ello, pese incluso a las torpezas pedagógicas de unos conferenciantes que con frecuencia hablaban a su público popular en un lenguaje que no entendían, el experimento ovetense fue elogiado por dirigentes socialistas como Morato o anarquistas como Mella; y desde luego, fue recibido con aplauso en los centros obreros o en los ateneos populares de la región durante buena parte de la primera década del siglo³¹.

Si nos hemos detenido tanto en este tipo de argumentaciones es porque, sin duda, explican no poco de las justificaciones profundas de una atención por la cultura desde los ideales militantes de sindicatos u opciones políticas obreras cuya importancia no puede soslayarse, y en cuyas manifestaciones debemos detenernos ahora por un tiempo. El centro obrero sería en todos estos casos el escenario escogido para su desarrollo; siendo como era, tal y como lo reconocía *La Aurora Social* en 1900 un «lugar para despertar y mantener el espíritu de compañerismo» y, en consecuencia, un espacio donde se daba cobijo a las sociedades de resistencia o a las agrupaciones políticas o sindicales, tanto como a actividades de tipo instructivo-recreativo en términos amplios³².

En general, el ordenamiento espacial de estos locales solía reconocer un mismo esquema, aunque con las lógicas variaciones derivadas de la pujanza asociativa de

³¹ GUEREÑA, Jean-Louis: «La projection sociale de l'Université à la fin du XIX^e siècle: l'*Extension Universitaire*», en *Higher Education and Society. Historical Perspectives*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1985, vol. 1, pp. 208-218.

³² *La Aurora Social*, Oviedo, año II, n.º 29, 21-IV-1900.

la localidad y, por tanto, del empaque de sus edificios. El ambicioso proyecto de Casa del Pueblo de Sama de Langreo en 1914, por ejemplo, destinaba espacios específicos a cooperativa, secretaría, casas habitaciones para los directivos y conserjes y, por supuesto, locales para las funciones escolares con casa habitación para el maestro, para la biblioteca y para un espacioso salón de espectáculos con mil localidades.

Las actividades corales ocupaban un lugar no desdeñable en las ritualizaciones de la vida asociativa socialista³³: la masa coral o la rondalla animaba con sus sonos los intermedios de las sesiones de teatro, los mítines, o las veladas donde solían combinarse los contenidos adoctrinadores con los simplemente recreativos; eran la base principal de los bailes y animaban las giras campestres, sobre todo en la época en que se proscribió que los mítines se celebrasen en locales urbanos a cubierto. El Orfeón Socialista Ovetense, el de Mieres y el de Langreo, o los de Trubia y Avilés, cumplieron funciones de bastante relieve en los actos socialistas.

La decena de masas corales de este tipo que llegaron a funcionar en Asturias entre 1900 y 1914, popularizaban consignas o determinados contenidos políticos, aparte de mostrar en sí mismas las capacidades de trabajo, de disciplina y educación obreras; y era gracias a su repertorio si se organizaban actos como los de los populares bailes. Sus músicas se caracterizaban comúnmente por cantarse a una sola voz, tenían un ritmo rápido y pegadizo, y una melodía sencilla y fácil de retener; y en cuanto a sus letras, en la medida en que nos son conocidas, parecen usar un vocabulario agresivo e impetuoso dentro de un dualismo moral plenamente perfilado y sin gradaciones intermedias, y que escinde el mundo en opresores y oprimidos o burgueses y proletarios; las letras de los himnos, en fin, tenían una intención movilizadora y militante muy explícita. Así sucedía, desde luego, con los himnos más cantados en estas sociedades: *La Internacional*, el *Himno a la Commune*, o *La Marsellesa*; pero su tono movilizador y de combate era extensible también a otros menos conocidos como *A las Urnas* o el *Canto de los trabajadores*, en cuyo texto podían leerse mensajes tan elementales y directos como éste:

En los campos y talleres
nos explotan a destajo;
como a bestias de trabajo
nos revienta el capital.
Nuestros amos y señores
prometieron aliviarnos,
pero en vez de mejorarnos
nos mezquinan hasta el pan.

Los centros obreros disponían además de sus propios cursos y centros de enseñanza laica. Como en otras sociedades de afiliación popular, lo esencial de sus contenidos se orientaba hacia la lectura, la escritura y las cuentas; materias a las que podían circunstancialmente añadirse otras, como las enseñanzas musicales

³³ GUEREÑA, Jean-Louis: «Música y Socialismo. Los Orfeones Socialistas en Asturias a principios del siglo XX», en *Asturias. Historia y Memoria Coral*, Oviedo, Federación Coral Asturiana, 2001.

impartidas desde 1906 en el Centro de Sociedades Obreras de Oviedo con el fin de formar voces para el orfeón. Las destrezas de carácter profesional o técnico también figuraron ocasionalmente entre las impartidas desde estos lugares; y en Gijón, por ejemplo, abría en 1910 sus sesiones un curso nocturno con estas características para los socios. Los centros más activos dispusieron, en general, de este tipo de alternativas educadoras; en Oviedo, por ejemplo, y sostenida por las cuotas de los afiliados y un grupo de «socios protectores», funcionaba una de estas escuelas laicas desde 1903; y lo mismo puede decirse de los centros obreros de Ablaña (desde 1904) y Turón (1911), además de los que funcionaban en Gijón: el de la calle Garcilaso, de orientación ácrata (desde 1901) y el de orientación socialista de la calle Anselmo Cifuentes (desde 1910).

El teatro ocupó también un papel destacable entre las actividades de estas sociedades debido sin duda a sus vertientes recreativas, además de la facilidad que suponía para improvisar cuadros escénicos, y la baratura de instalaciones, decorados o vestuario que solía caracterizar el tipo de representaciones que se acometían. «Secciones artísticas», «dramáticas» o «de declamación» funcionaron varias, dentro de los centros, en el transcurso de la primera década del siglo. Por lo menos eso sucedía en Avilés, Sama de Langreo, o La Felguera; aunque quizás las más activas y prestigiosas fueron, a tenor del número de recensiones que aparecen de sus actos en la prensa, las del Centro de Sociedades Obreras de Oviedo (desde 1901), el Centro Obrero de Mieres (al menos desde 1903), el Centro Obrero gijonés de la calle Anselmo Cifuentes (1909), el Centro Obrero de orientación ácrata de la misma ciudad en la calle Linares Rivas (1914) o, un año antes, el de la Casa del Pueblo de Turón.

Como en el caso de la orientación ideológica de los textos corales militantes, también los contenidos de este tipo de teatro adoptaban un tono fuertemente aleccionador en lo político. Los socialistas intentaron, de hecho, fomentar un *teatro social* de contenidos progresistas o que fortificase, directamente y de modo más explícito, la moral revolucionaria de sus afiliados. Las reseñas de prensa muestran la insistencia en las representaciones de autores como Dicenta, por supuesto; pero también Jackson Veyán, Fola Igúrbide, Juan A. Meliá, Pich i Creus o Arturo Martín. El *Juan José* de Dicenta era sin duda la pieza más popular, aunque también disfrutaban de parecido prestigio obras de Jackson Veyán como *Una limosna por Dios*, o *Herir el corazón*, muy representada esta última por los anarquistas gijoneses. *La Aurora Social* insistiría en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial en primar las virtudes movilizadoras o revolucionarias de estas obras por encima de cuestiones como sus méritos literarios. Con imperativos como éstos, los socialistas asturianos animaron una producción local en la que los autores se significaron por la construcción de argumentos «completamente socialistas»; lamentablemente, tal empacho de obras con moraleja sabemos que acabó provocando, y desde fechas tan tempranas como 1903, la deserción de las representaciones de su público en beneficio de lugares tan poco recomendables como la taberna.

Al final, se hizo necesario buscar un inevitable acuerdo entre las necesidades recreativas y la buena doctrina socialista; y de hecho, las casas del pueblo llegaron a admitir en sus locales números de *music-hall*, además de una oferta mucho más variada de diversiones simples que, como el baile, no siempre era fácil explotar en su vena política. Lo cierto fue que lo más próximo a un teatro social de corte verdaderamente popular que pudo darse a principios de siglo en Asturias, fueron las obras de Pachín de Melás, un antiguo militante de las sociedades de resistencia gijonesas, que escribía unos dramas de escenografía elemental, en un *bable*

tan rural como los ambientes que retrataba, y con un contenido social que, a decir verdad, y andando el tiempo, vería limadas considerablemente sus aristas más problemáticas.

En cualquiera de los casos, con todas las dificultades que caracterizaban los primeros pasos de estas culturas militantes, lo cierto era que los centros obreros estaban construyendo esquemas culturales cada vez más autónomos y autosuficientes. Las variaciones registradas en el protocolo de las conferencias, uno de los actos más característicos de estas entidades, lo muestran con claridad. Al principio, en conferencias como las dadas por los profesores ovetenses, o como el ciclo impartido en Asturias por Unamuno en 1910, el público obrero asistía pasivamente a la impartición de sus charlas; incluso si, como en el caso de Unamuno, les soltaba a los impertérritos asistentes del Centro Socialista de Oviedo, verdaderas barbaridades acerca de Marx, a quien definía como un «hombre de pasiones que nunca pudo abandonar el peso de la raza judía». Mientras que en el mitin o la tribuna abierta los obreros disponían de un ambiente más caldeado y de oportunidades verdaderas de tomar la palabra o interrumpir el discurso de los oradores, la conferencia implicaba un protocolo de pasividad en sus oyentes y una actitud generalmente sumisa hacia quien ocupaba la tribuna.

Durante la primera década del siglo, en realidad, los conferenciantes en los centros obreros fueron sólo excepcionalmente dirigentes obreros y, con mucha mayor frecuencia, profesores universitarios o figuras de la literatura o la publicística como Unamuno, en quienes se reconocía la suficiente capacidad intelectual para iluminar las mentes obreras, carentes de una cultura a la que con tanto ahínco se aspiraba. Algo estaba cambiando, sin embargo, a finales de esta década; y las constantes referencias en la prensa a conferencias impartidas por simples obreros sin especial relieve en la vida sindical o política regional, o el propio hecho de anunciarse éstas sin ni siquiera mencionar el título, como si la cosa careciese de importancia, indicaban un cambio significativo de tendencias.

Lo cierto fue que, subvirtiendo el orden en la tribuna, los obreros estaban aprendiendo a hilar discursos con orden y continuidad, y adquirían las destrezas necesarias para construir con autonomía su propio mundo discursivo. Significativamente también, en 1912, como si se tratara de una contraimagen de la Extensión Universitaria, se ponía en funcionamiento el *Grupo Sindicalista* de Gijón, dirigido por el conocido anarquista Eleuterio Quintanilla, con el propósito de formar obreros que «se capaciten y adiestren para en la tribuna hacer exposición de principios que fundamenten el problema social»; de su seno surgiría al año siguiente la *Escuela Sindical*, con clases de Aritmética, Gramática y Geometría, complementadas por conferencias de divulgación científica o de formación política a cargo de los propios alumnos de la escuela.

Asociacionismo, sociabilidad y demanda popular de cultura

Las entidades de tipo político o sindical no agotaban, en todo caso, las posibilidades de encuadramiento de los grupos populares en sociedades estructuradas³⁴.

³⁴ GUEREÑA, Jean-Louis: «Una aproximación a la sociabilidad popular: el caso de Asturias bajo la Restauración (1875-1900)», *Estudios de Historia Social*, Madrid, n.º 50-51 (1989), pp. 201-222.

El movimiento asociativo, aparte de estas opciones, se extendía también a un amplio muestrario que incluía las de tipo asistencial, como las cooperativas o las sociedades de socorros mutuos³⁵, o las de tipo instructivo y/o recreativo; en conjunto, y para el período 1898-1914, llegaron a contabilizarse en Asturias unas 434 asociaciones sin carácter político o sindical. Aunque las cooperativas o las sociedades de socorros no fueron ajenas en ocasiones a propuestas de tipo instructivo, lo cierto era que los nexos más claros con propuestas educativas o culturales se daban, como no podía ser de otro modo, en el segundo tipo de asociaciones. Se trataba de un dilatado conjunto de tipos asociativos donde se combinaban las sociedades teatrales o las que organizaban bailes para los afiliados o cotizantes (un 2,5% del total de las computadas); las musicales (11,3%) y las deportivas (14,8%), de cada vez mayor auge desde principios del siglo XX; las que mezclaban en mayor o menor proporción los ingredientes anteriores (23%); y sobre todo, las importantísimas sociedades instructivo-recreativas (43,9%), en las que se combinaban propuestas de tipo directamente educativo e instructivo con la organización de actividades recreativas como bailes, veladas, conciertos, teatro, cine u otras propuestas de ocio estructurado para sus afiliados³⁶.

La historia de las asociaciones deportivas en los inicios del siglo XX en Asturias es la de una fascinante transformación. Las prácticas deportivas, al principio, habían llegado como una actividad despreocupada y propia de displicentes aristócratas o jóvenes burgueses. Su prototipo era el *sportsman* que practicaba el esfuerzo sin meta retributiva aparente, como un simple modo de curtir el cuerpo, exhibir su juventud y poner en práctica virtudes, como la competitividad individual, el riesgo o las tareas de equipo que, en definitiva, revelarían en el futuro su utilidad en la vida profesional de sus adeptos. Los clubes excursionistas, la expansión de la esgrima a fines del siglo XIX, o la buena fortuna del tenis, el *base-ball*, el esquí alpino, el tiro, la natación y la gimnasia, o el ciclismo, por poner algunos ejemplos, cabía encuadrarlos en estas coordenadas³⁷.

Se pudo advertir muy pronto, sin embargo, que algunas de estas prácticas minoritarias adquirirían un auge popular desconocido hasta entonces. El fútbol fue, sin duda alguna, el nuevo paradigma de esta transformación. Su práctica era barata: era posible improvisar una cancha incluso en medio de una calle o plaza, de poco tránsito todavía muchas de ellas; la bajamar de las playas en las localidades costeras daba también facilidades en este sentido; y salvo el balón, no requería necesariamente un equipo especial o costoso. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, la mercantilización del deporte en Asturias había avanzado extraordinariamente: el fútbol en Asturias había generado campos de juego donde se cobraba una entrada, y en los primeros años de la guerra se construían las primeras gradas. Estaba cambiando también el tipo de héroe deportivo: si a principios de siglo brillaban figuras como el marqués de Villaviciosa, campeón de tiro en las Olimpiadas de París de 1900, poco tiempo después ya empezaban a encumbrarse ases como Constante «el Horneru», del Athletic de Lugones. El fútbol ya levantaba pasiones

³⁵ URÍA, Jorge: «Mutualismo y Sociedades de Socorros Mutuos en Asturias. Una visión de conjunto (1898-1936)», en CASTILLO, Santiago (ed.): *Solidaridad desde abajo. Trabajadores y Socorros Mutuos en la España Contemporánea*, Madrid, 1994, pp. 225-243.

³⁶ URÍA, Jorge: *Una historia social del ocio. Asturias 1898-1914*, Madrid, UGT, 1996, pp. 221-231.

³⁷ URÍA, Jorge: *Historia social del ocio*, op. cit., pp. 205-213.

al final de la primera década del siglo, y el proletariado de ciudades como Gijón, fragmentado en minúsculas bandas partidarias de tal o cual equipo, se daba de mamporros en los campos o las calles los fines de semana; no faltaban, pese a circunstancias como éstas, sectores patronales que apoyasen económicamente a los equipos a la vista de las *higiénicas* virtudes del deporte.

Porque el deporte era, de creer a algunos de sus más destacados panegiristas, como los profesores universitarios de Oviedo, una actividad educadora en sí misma. Institucionistas como Rafael Altamira hacían propaganda de sus virtudes desde revistas madrileñas como *Crónica del Sport*, mientras que colegas suyos como Aniceto Sela, insistían en que no sólo «libran a la raza del empobrecimiento y la degeneración, dando a los jóvenes robustez y vigor, sino que son una excelente escuela de carácter, y en tanto, un poderoso elemento de educación moral»³⁸; los chicos educados en el deporte, en suma, acababan por superar «a los otros en personalidad, en carácter, en energía y vigor intelectual, y en espíritu científico [...]»³⁹.

Las sociedades musicales, entre tanto, tenían un auge quizás superior a las deportivas⁴⁰. De hecho, su popularidad las convirtió en una especie de símbolo de las virtudes de la localidad en donde radicaban; y la vuelta a la ciudad de las masas corales victoriosas en tal o cual certamen, con su multitudinario cortejo cívico de recepción desde la estación de ferrocarril o puerto de mar hasta el Ayuntamiento, se convirtió en una típica protocolización de masas que sólo después de la guerra mundial pasó a aplicarse a otras actividades de masas como el fútbol. Aunque hubo muchos tipos de sociedades corales de corte popular —entre ellas las dependientes de los centros obreros— las más estables y de mayor calidad eran las que tenían un más claro apoyo patronal o burgués, como en el caso de la *Asociación Coral e Instrumental Ovetense* (creada en 1904) de Oviedo, o la *Agrupación Artística Musical Asturiana* (en 1898) de Gijón. Los benefactores de estas sociedades esperaban entre tanto, como sostenía el diario republicano *El Noroeste*, que los aficionados al canto fuesen socialmente más dóciles y pacíficos:

Hacéis bien en cantar, vuestro canto rítmico y cadencioso tiende a borrar todo funesto antagonismo, por eso estáis bien ahí, en el templo de *Castalia*⁴¹.

Pero no hay duda de que el tipo asociativo más directamente involucrado en las actividades educativas, en todo su amplio sentido, era el de las sociedades instructivo-recreativas, conocidas también con la extendida denominación de ateneos obreros y populares⁴². Algunas de ellas tenían, desde luego, una orientación exclusivamente educativa, como las que en 1905 y 1907 funcionaban en los barrios gijoneses de El Llano o La Calzada con el objeto de sostener escuelas laicas infantiles o de adultos. Fue mucho más común, sin embargo, el tipo de sociedad en la que

³⁸ SELA, A.: *La misión moral de la universidad. Discurso de apertura del curso de 1892 a 93 de la Universidad de Oviedo*, Madrid, Librería de V. Suárez, 1893, p. 66.

³⁹ *Ibid.*, pp. 68-69.

⁴⁰ URÍA, Jorge: *Historia social del ocio*, op. cit., pp. 213-220.

⁴¹ *El Noroeste*, Gijón, 4-1-1904.

⁴² URÍA, Jorge: «La originalidad de las Universidades Populares (Notas para una historia de la educación de adultos en Asturias)», *Los Cuadernos del Norte*, Oviedo, n.º 11 (1982), pp. 70-82.

se mezclaban ofertas muy amplias de tipo instructivo o recreativo. La mayoría de estas entidades se vinculaban a un público de neta composición obrera que se concentraba claramente en las comarcas de Gijón y las cuencas mineras del Nalón y del Caudal; de hecho, núcleos urbanos como Oviedo y Avilés, con una orientación más acusada hacia los servicios y con una menor participación de la clase obrera en su estructura social, tenían una densidad menor de asociaciones de este cariz. En estas dos últimas ciudades, además, era más clara la presencia de entidades con una orientación más paternalista o conservadora, mientras que en los ateneos de Gijón y las dos cuencas mineras era más evidente la vinculación a sectores republicanos o a una pequeña burguesía frecuentemente republicana o de carácter netamente progresista.

Entre las actividades desarrolladas en las asociaciones de las comarcas mineras figuraba el teatro. En lugares como el Centro Obrero de Instrucción y Recreo de Langreo o el Ateneo de La Felguera, funcionaban en la primera década de siglo sendas secciones artísticas; y en centros similares a éstos como los de Ciaño, Sama, y otros, solían ponerse obras de fácil comicidad —los Quintero o Vital Aza, por ejemplo—; de nostálgica ruralidad y contenido ocasionalmente social, como el teatro de Pachín de Melás; o incluso de un perfil ideológico más rotundo, como en el caso del teatro de Guimerá. A la vez, estas sociedades, aparte de sus habituales veladas o bailes, organizaron también ciclos de conferencias o clases nocturnas para adultos —como en el Centro Instructivo de Laviana o en la Juventud de Ciaño—. En ciertos casos, era patente la tutela ideológica del institucionismo ovetense, como en el de una institución como la Biblioteca Popular Obrera de Ciaño-Santa Ana, cuyos contenidos habían sido orientados por Rafael Altamira; pero en todo caso, su tendencia general, «apolítica» e ideológicamente neutra, les hacía especialmente proclives a los ideales *superadores* de la confrontación de clases defendidos por los pequeños industriales o propietarios progresistas de la comarca.

Fue en el área gijonesa, sin embargo, donde las sociedades instructivo-recreativas adquirieron un mayor grado de complejidad que hay que vincular, como es obvio, a la propia densidad e implicaciones de la peculiar dinámica social de una ciudad radicalizada⁴³. Gijón contaba con un proletariado donde el anarcosindicalismo arraigó tempranamente al revés que en el resto de la región, en donde el socialismo era la opción preferida; a la vez, el republicanismo moderado y, más tarde el reformismo de Melquiades Álvarez, sentaron las condiciones necesarias para que se ensayasen políticas asistenciales o para que arraigase un peculiar reformismo burgués de corte laico y progresista particularmente favorable a unas entidades instructivas o recreativas de corte neutralista y apolítico.

Fue evidente, en este sentido, la influencia institucionista en la orientación de varias de estas entidades gijonesas, aunque quizás sobremanera en la *Asociación Popular de Cultura e Higiene*. La educación higiénica y sanitaria en la familia, o las campañas a favor de su vigilancia en el ámbito municipal y, especialmente, en los barrios más desatendidos, constituyeron sus fines principales recogidos estatutariamente; no se desatendieron sin embargo otros objetivos como los puramente

⁴³ RADCLIFF, Pamela Beth: *From mobilization to civil war. The politics of polarization in the Spanish city of Gijón, 1900-1937*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

recreativos, y los vinculados directamente con programas educativos estructurados y orientados especialmente hacia públicos infantiles o femeninos, y que cubrían materias como lectura, escritura, cuentas o solfeo. Antes de 1917, la sociedad había abierto sucursales en barrios gijoneses como el del Natahoyo, La Calzada, Tremañes, Granda y Vega, El Llano, El Arenal, Cenero, Pumarín Cabueñes y Somió.

Hubo desde luego muchas otras sociedades enfocadas en parecida dirección. Entre ellas, la *Sociedad de Laboratorios*, con apoyo patronal y que, además de las enseñanzas de formación profesional obrera propias de su orientación específica, contaba también con gabinete de lectura, proyectó sus actividades a través de la prensa local, en donde, en forma de folletín, fueron publicándose sus cuadernos de clase. El panorama asociativo se completaba con opciones como las que proporcionaban enseñanzas de esperanto —en el Centro Católico o en otras sociedades populares—, la teosófica *Sociedad de Estudios Orientalistas*, enfocada según sus partidarios hacia las disciplinas científicas y sociológicas, o la peculiar *Sociedad Antiflamenquista* que organizó sonoras campañas antitaurinas, y que consiguió galvanizar un amplio arco ideológico que cubrió desde las sociedades anarquistas o socialistas hasta el republicanismo local.

De todas estas sociedades gijonesas, sin embargo, la más conocida y prestigiosa era, sin que cupiese duda, el Ateneo Casino Obrero de Gijón⁴⁴. Creado en 1881, con un decidido carácter laico y progresista frente a opciones que le serían coetáneas como los centros y círculos católicos, había defendido a capa y espada desde el principio unos ideales de cultura apolíticos y neutralistas que, sin embargo, no le impidieron vincularse con claridad a opciones republicanas moderadas y a la burguesía local progresista. Superada una fase de relativa atonía desde finales de siglo, a partir de 1904 las cifras de afiliación iban a estabilizarse entre los ochocientos y el millar de adherentes, una cifra nada desdeñable en una localidad en donde los sectores populares sostenían también una nutrida afiliación a sociedades de resistencia, o a entidades como la ya mencionada *Asociación Popular de Cultura e Higiene*.

La labor cultural del Ateneo fue, hasta la guerra mundial y después de ella, simplemente impresionante. Sus tertulias, la organización de actividades musicales o las de su orfeón, el teatro y su correspondiente cuadro dramático, las exposiciones de diversa temática, o los ciclos de conferencias por los que pasaron figuras tan destacadas de la política o de la publicística nacional como Azcárate, Moret, Álvaro de Albornoz, Rafael María de Labra, Unamuno o Edmundo González Blanco, marcaron el pulso cultural de la ciudad. El Ateneo organizó también, por supuesto, cursos adaptados a las necesidades de sus afiliados. Teniendo a la vista los datos de su matrícula en 1913, puede observarse cómo, de un total de 320 inscripciones, la mayoría correspondían a las elementales clases de lectura, escritura y cuentas, a la vez que materias de utilidad laboral o profesional como el dibujo geométrico o de adorno, o la contabilidad. El Ateneo creció hasta poder abrir sedes en barrios como el de La Calzada (1904), El Llano o Somió (ambas en 1905).

⁴⁴ GUEREÑA, Jean-Louis: «L'espace associatif dans l'Espagne de la Restauration», en CARRASCO, Raphael: *Solidarités et sociabilités en Espagne (XVI^e-XX^e siècles)*, Paris, Les Belles Lettres (Annales Littéraires de l'Université de Besançon, vol. 436), 1991, pp. 353-356; URÍA, Jorge: *Historia social del ocio*, op. cit., pp. 231-236; RADCLIFF, Pamela Beth: *From mobilization to civil war*, op. cit., pp. 220-225.

Pero quizás la creación más espectacular del Ateneo correspondiese a su espléndida biblioteca⁴⁵. Frente a los anquilosados modelos de las bibliotecas públicas, llenas todavía de volúmenes en latín procedentes de las desamortizaciones, o de indigestos tratados de Teología o de Derecho, los fondos de este gabinete de lectura habían sido contruidos con otra composición y otros objetivos. En 1904, además, se inauguraba su sección circulante, lo que implicaba que, para adaptarse a los horarios de los trabajadores, se organizaba como un servicio de préstamo bibliográfico perfectamente estructurado. Se abrió esta última sección con 318 obras y 95 socios; en 1915, tenía 2.193 obras, y 336 socios que habían efectuado 5.032 consultas. La construcción de sus fondos respondía tanto a donaciones de particulares cuanto a compras de los propios dirigentes del Ateneo, y aunque pudiera sospecharse que su orientación ideológica respondiese más a las intenciones de los responsables de la biblioteca que a las de los propios afiliados, la composición temática de sus fondos, finalmente, no hay duda de que también reflejaba las demandas reales de la arraigada cultura radical de la ciudad. Aproximadamente la mitad de sus volúmenes eran de una literatura donde sobresalían los autores de la novela realista española o francesa —por ejemplo Blasco, el asturiano Palacio Valdés o, sobre todo, Galdós—, además de los clásicos folletinistas. Destacaban también las secciones de Historia y Geografía, donde sobresalía sin duda la amenidad de géneros como el de la biografía o los libros de viajes. En fin, las obras de ciencias sociales o religión —casi un 17% de los fondos— se relacionaban con ejes de debate candentes en la peculiar caldera social de la ciudad, caracterizada entre otras cosas por su fuerte tono anticlerical; la presencia en este último tipo de fondos de obras de Engels, Bakunin, Marx, Jaurès o Kautsky, además de las consiguientes subsecciones de «Feminismo», «Política», y una de «Religión» que también incluía la teosofía, el deísmo, el panteísmo o el librepensamiento entre sus temáticas, ilustraban con sobrada claridad la concordancia del universo ideológico de aquel conjunto bibliográfico con el clima de acusada movilización de la ciudad.

El Ateneo Casino Obrero de Gijón, en conclusión, ejemplificaba quizás mejor que cualquier otra cosa algo que ha constituido el hilo argumental de este artículo, a saber, la presencia en la estructura asociativa formalizada, y aun en las manifestaciones de sociabilidad más estructurada, de un apetito cultural ampliamente arraigado en los estratos populares. Aun cuando en el Ateneo cabe sospechar que hubo una presencia entre sus afiliados y benefactores de representantes de la burguesía pequeña y media de la ciudad, no hay duda de que tuvo un importante eco popular, y que fue en la medida en que supo conectar con esas necesidades populares como pudo sostenerse y arraigar en la muy desarrollada trama asociativa de la ciudad.

Al cabo, el Ateneo gijonés fue una muestra excelente de algo que no puede dejar de resaltarse: dentro del asociacionismo popular de la región, y antes de 1914, el asociacionismo cultural y la presencia de la oferta cultural en las entidades que no tenían este cariz había sido una realidad ampliamente sentida, contribuyendo a la formación, no pocas veces autodidacta, de sus dirigentes, y a la creación de una esfera cultural popular crecientemente autogestionada y, en cierta manera, autónoma y emancipada de sus más evidentes servidumbres ideológicas.

⁴⁵ MAINER, José Carlos: «Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930)», en *Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)*, Valencia, Fernando Torres, 1977, pp. 233-236; URÍA, Jorge: *Historia social del ocio*, op. cit., pp. 238-242.